



Rufino Félix Morillón: Las puertas de la sangre

JOSÉ LUIS ÁLVAREZ

Tanto la mayor parte de los escritores de la Generación del 98 como los del 27 o los pertenecientes a generaciones posteriores se vieron en la necesidad de trasladar su residencia a Madrid para poder acceder, sin tantas dificultades, al siempre difícil mundo de las letras.

Lo mismo ocurre en nuestra sociedad globalizada: salvando todos los casos excepcionales que queramos, Madrid, y desde los años 60, Barcelona, son las sedes desde las que la voz de los literatos, sobre todo de los poetas puede llegar al mercado editorial. Esta es la condición indispensable para que los escritores puedan ser conocidos por la crítica especializada y reconocidos por los lectores.

Pero esto no quiere decir que en las zonas periféricas, en ciudades alejadas de Madrid o Barcelona, lejos de las modas y de los cenáculos restringidos, no se escuchan voces de más calidad y mayor hondura, en muchas ocasiones, que la de los vates de reconocido prestigio nacional.

Tal ocurre con Rufino Félix quien desde su Mérida natal nos viene regalando, con asiduidad, poemarios de una emoción, una hondura y una perfección técnica difícilmente igualables.

Desde *Tarde cerrada* ¹, y sobre todo, desde *Crestería de la sal* ², R. Félix logra sorprender una y otra vez a los amantes de la buena poesía.

Esta tendencia se ve refrendada en sus dos últimos libros: *Las ascuas* ³, que, en el 2002, obtuvo el reconocimiento de un premio con el prestigio del “Ciudad de Salamanca” y en éste *Las puertas de la sangre* ⁴, premiado hace muy pocos meses en el XXIII Premio de Poesía Ciudad de Badajoz.

Rufino Félix es un poeta de honda mirada y limpio y entrañable mundo que poco a poco nos va mostrando su interior con la imperceptible constancia de un manantial de aguas frescas y cristalinas.

“Si queréis conocerme, tomad mi verso;
es vuestro. Tomadlo plenamente
os lo entrego confiado
sabiendo de su vuelo incansable y su esperanza.” ⁵

Decía, ya hace 20 años en un poema titulado “Autorretrato”, y decía bien porque el poeta, cuando publica su libro, se entrega en sus versos con la fe del grano de trigo que se acuesta confiadamente en los surcos de la tierra y espera ser semilla que germine en la plenitud amorosa de la espiga del verano. Este es un acto amoroso, sí pero también una decisión dolorosa la del grano de trigo que acepta ser enterrado en las nieblas del otoño con la esperanza de brotar en la primavera.

Así, el buen poema tiene la vocación de vivir su propia vida, al margen de su creador, para poder germinar en la buena tierra de la sensibilidad de sus lectores.

Las puertas de la sangre, es un hermoso título para un magnífico libro de poemas en el que vamos a descubrir el mejor Rufino Félix de *Crestería de la sal* y de *Las ascuas*.

“La urdimbre del poema
es la verdad que pongas en el verso:
tu sangre en claridad.
Después debes ornarlo con palabras en vuelo
que puedan propagar su escala luminosa”

decía Félix en “La verdad”, un poema de *Las ascuas* en el que se va desgranando lo esencial de su poética. ⁶

¹ *Tarde cerrada*, Poemarios Kylix, nº 4, Badajoz.

² *Crestería de la sal*. Mérida, 1990.

³ *Las ascuas*. Sevilla, Algaida Editores, 2002.-

⁴ *Las puertas de la sangre*. Sevilla, Algaida Editores, 2005.

⁵ Recogido en: *El tiempo y el mar*. Obra poética. Mérida, 2003, pág. 547.

⁶ Recogido en: *El tiempo y el mar*. Obra poética. Mérida, 2003, pág. 437.

Esta sangre en claridad del poeta es su sentimiento más entrañable. Las entrañas son los órganos más interiores, los más íntimos de los seres vivos por eso tomamos la palabra entrañable para referirnos a aquello que nos afecta honda e íntimamente.

De aquí que insiste el poeta

“Pero recuerda que solo la urdimbre,
el sentimiento puro que lo traba,
logrará esclarecerlo
frente al silencio de los días esquivos
y el negror del olvido.”

Aquí nos encontramos ya con un adelanto de lo que va a ser la materia poética con la que trabaje Rufino en *Las puertas de la sangre*,

Frecuentemente puede resultar conveniente, para acceder a un libro, utilizar la puerta de entrada que ha puesto el poeta: el título.

En el que Félix ha dado a su poemario se hallan ya elementos esenciales de su contenido: *Las puertas de la sangre*.

Afortunadamente, el ser humano no es aquella especie de mónada, entidad cerrada, incomunicada, aislada del mundo que le rodea que ideó Leibniz. El hombre, mansión edificada sobre la tierra, se abre a lo circunstante, se comunica con su entorno por esas puertas y ventanas que son los sentidos.

Entre los muchos símbolos que los poetas utilizan tradicionalmente para explicar la condición humana hay dos fundamentales: el árbol y la de la casa, símbolos que no tengo aquí tiempo ni es lugar adecuado para desarrollar.

Solamente insinuaré que el “olmo viejo” de Machado, hendido por el rayo y en su mitad podrido al que le ha salido una ramita verde en la primavera no es otra cosa, como sabemos, que la imagen del propio poeta quien al llegar a Soria se enamoró de Leonor Izquierdo, de la misma manera que Lorca en el primer poema de *Poeta en Nueva York* se ve a sí mismo como un árbol de muñones secos que no canta ya que no puede mostrarse en su realidad más escondida.

Rafael Morales tiene un hermosísimo soneto a una encina derribada. Nuestro Delgado Valhondo se siente y ese es el título de un libro suyo, *Un árbol solo*.

También nuestro poeta se identifica con el símbolo del árbol. Así en el poema titulado “Vientos” se percibe claramente.

“Como el viejo ramaje, en el invierno/ acuchillan los vientos las palabras./// Despojada de vuelos trinaidores,/ mi voz herida se desangra./// Árbol que fui profuso, desgajado/ por el furor del tiempo en desbandada.”⁷

7 *Las puertas de la sangre*. Sevilla, Algaida Editores, 2005, pág. 74

La casa es el segundo símbolo que cito aquí, desde el castillo interior y las moradas de Santa Teresa y los místicos hasta la poesía de poetas actuales como Francisco Brines.

La casa, con sus puertas y balcones (es decir los sentidos) es la imagen del propio yo del poeta.

Igual que el hombre, el árbol y la casa se hallan plantados en la tierra y se elevan hacia el cielo, su constante aspiración.

La muerte será el accidente que derribe al árbol (recordemos los versos de Blas de Otero: “y el hombre, que era un árbol/ ya es un río”⁸) o que asole la casa; es decir, que la convierta en suelo. El destino de hombre pasará por quedar tendido sobre la tierra, como el árbol derribado o la casa asolada.

También para Rufino Félix, la casa se erige como un símbolo del propio yo. Así en *Las ascuas* podemos leer en un poema titulado “Otra casa”:

Esta casa ya es pequeña
para acoger mi universo.
Casa de tiempo gozado,
altas paredes y techos
velando celosamente
la pureza del recuerdo.
Pero se encuentra colmada,
y ya no me cabe dentro
el corazón, las palabras
y el clamor de mis anhelos.
Por eso voy a buscarles
otra casa en mis ensueños.”⁹ (444)

El poeta utiliza el símbolo de la casa en un hermosísimo poema binario de *Las Puertas de la sangre*, poema en el que juega, ya desde su título, con la oposición desamor/amor.

Fuera simboliza la vejez corporal con el dolor de la lluvia, con el silencio de la ausencia; mientras que dentro se alberga la pasión que sigue viva en el interior del poeta.

“Fuera decae la luz,
el dolor de la lluvia
desembrida su llanto
y el velo de la ausencia

8 Blas de Otero: *Ángel fieramente humano*. Madrid, Ínsula, 1950.

9 Recogido en: *El tiempo y el mar*. Obra poética. Mérida, 2003, pág. 444.

se despliega silente.
(El desamor, la injuria
de su escenografía)

Dentro la hondura intacta
del tiempo pasional,
voz clarecida, miradas sin sombras:
la liturgia fogosa de la sangre.
(El amor, y el hechizo
de su imagería)”¹⁰

Tengo que hacer un breve paréntesis para no pasar por alto el contraste que establece Rufino entre la escenografía y la imagería. La primera

implica teatro, representación, ficción, falsedad, mientras que la segunda posiblemente haga referencia a los templos católicos, a la liturgia, a los pasos de Semana Santa, que representan realidades en las que el poeta cree fielmente.

Hay un poema titulado “Dédalo oscuro” en donde el poeta se muestra como “La casa, donde el tiempo/ abandonó despojos de su huida”. Se trata aquí del tema clásico del *tempus fugit*, referido al ciclo “de senectute”

“y el hombre (prosigue el poema), que recorre/ en una inútil búsqueda/ pasillos desolados/ y estancias quejumbrosas/ sin más luz que el inquieto/ parpadeo de ventanas/ que el viento bronco agita. (...)”¹¹

De nuevo nos encontramos con el eco de la oposición garcilasiana del “tiempo airado/ viento helado” que citaré más adelante.

Con todo esto ya tenemos datos suficientes para entender el título del libro *Las puertas de la sangre*. En el término puertas se hace referencia al lugar por el que se penetra en esta casa simbólica donde mora el alma del poeta. Pero estas puertas no son unas puertas cualesquiera, el modificador “de la sangre” hace referencia a ese aspecto más cálido, más íntimo, más vital, más entrañable que tiene la sangre, flujo imprescindible para la vida al hombre.

Así, el poeta con este título nos está insinuando su deseo de franquearnos las entradas de su yo más íntimo, en este acto de entrega generosa en que se convierte la poesía.

¹⁰ *Las puertas de la sangre*. Pág. 22

¹¹ *Ibidem*. Pág. 63

El libro tiene una estructura tripartita: Se abre con un poema introductoria que sirve de pórtico “Labio airado” y después los 53 poemas restantes se distribuyen así: 1.- “Tiempo pasional”. (9 poemas); 2.- “Cálido palpitar” (21 poemas) y 3.- “Liturgia de la sangre” (23 poemas), títulos todos en los que están presentes elementos semánticos que participan en alguna de las connotaciones que la sangre tiene: pasión, latido, liturgia.

En el zaguán del poemario el lector se topa con el título del poema introductorio: “Labio airado”¹², en donde la palabra “labio” es claramente una metonimia del propio yo del autor, de su voz poética, pero inmediatamente el lector se pregunta ¿por qué airado?

En principio “airado” significa “poseído de la ira, enojado contra otro” aunque la segunda acepción que recoge el Diccionario de la RAE es “agitar, alterar violentamente”.

Sin embargo, el adjetivo “airado” tiene, para el aficionado a la poesía del Siglo de Oro unas resonancias (es lo que en la crítica actual se denomina intertextualidad) que quizás nos arrojen más luz sobre la intencionalidad del poeta en este caso. Se trata del conocidísimo soneto XXIII de Garcilaso de la Vega “En tanto que de rosa y azucena/ se muestra la color de vuestro gesto” en el que, siguiendo el tópico del “carpe diem” aconseja a las jovencitas disfrutar de su belleza antes de que llegue la vejez. Y así, en el primer terceto, escribe Garcilaso: “coged de vuestra alegre primavera/ el dulce fruto, antes que el **tiempo airado**/ cubra de nieve la hermosa cumbre. Marchitará la rosa el viento helado,/ todo lo mudará la edad ligera,/ por no hacer mudanza en su costumbre”.

La referencia a la llegada del inhóspito invierno (tiempo airado/viento helado) de Garcilaso, creo que queda suficientemente clara. El poeta nos va a hablar de su vejez y así, en el poemario Rufino Félix nos va a mostrar toda su conmoción ante su propia situación física y anímica.

Comienza el poema con una bellísima imagen:

“Ante mis ojos cae,/ desplomándose,/ el frágil techo del atardecer.” lo cual nos indica claramente que nos vamos a encontrar con el libro de un poeta que siente que sobre el paso inexorable del tiempo. Estamos, por lo tanto ante un libro “de senectute”, en el que el poeta no solo reconoce su estado actual sino que evoca con melancolía y nostalgia otros tiempos mejores, ya pasados.

La vejez es “el anuncio de un tiempo desabrido/ que trae a la mirada/ la opaca pesadumbre del aterido invierno”, según formula Rufino en “Otoñal”¹³.

¹² *Ibidem*. Pág.7

¹³ *Ibidem*. Pág.30.

Este atardecer simbólico del poeta se opone paradigmáticamente a la deslumbrante mañana de la niñez o a la perfección del mediodía, cuando el cielo es una cúpula de luz y el poeta descubre la plenitud del amor.

Desde tiempos inmemoriales se ha establecido una correspondencia perfecta entre los ciclos temporales del año, las partes del día y las etapas de la vida.

Así, amanecer, primavera niñez; mediodía, verano, edad adulta; tarde, otoño, madurez y noche, invierno, vejez.

De todos estos momentos hay innumerables ejemplos en el libro.

Ahora el cielo de este atardecer real o simbólico, se desploma, como una cúpula de cristal que, de repente salte hecha mil añicos, ante la mirada asombrada del poeta y esta conmoción provoca en él la emoción del verso, de ahí que las puertas más íntimas de su casa se “descierren” y broten los versos como sombríos manantiales.

“Fragmentado cristal,/ comience a descerrar las puertas/ de la sangre, /sombríos manantiales esparcidos/ sin cauces ni riberas/ por el erial de las claudicaciones.”

Rufino percibe, en este momento, la vejez como “el erial de las claudicaciones”, y, un poco más adelante “el oscuro estigma de la consumación”, con un sentimiento muy cercano al que tenía Luis Cernuda cuando escribió *La desolación de la quimera*.

Un poema de 1962 titulado “Despedida” en el que, parafraseando el famoso tango, se dirigía a aquellos jóvenes alumnos suyos “que nunca fuisteis compañeros de mi vida” porque:

“El tiempo de una vida nos separa
infranqueable:
A un lado la juventud libre y risueña;
A otro la vejez **humillante e inhóspita**.

De joven no sabía
Ver la hermosura, codiciarla poseerla;
De viejo la he aprendido
Y veo la hermosura, mas la codicio inútilmente”¹⁴

Ante esta vejez, **humillante e inhóspita**, la sensación de Félix es la misma que la de Cernuda aunque, desde luego, el motivo no lo sea.

Félix afirma que no hay cura para este mal. Tan sólo el verso puede remediar tanta tristeza:

¹⁴ Luis Cernuda: *La realidad y el deseo*. México., Fondo de cultura económica, 1958, pág. 363.

“No se puede suturar estas heridas;
sí hacerlas labio airado,
carnal cráter que arroje
sobre el oscuro estigma/
de la consumación
la furia desatada de la queja,
el torrente clamante de las palabras
que se vacía
en el tajo silente de la noche”

Los labios del poeta se convierten, de este modo, en el cráter carnal del volcán de la poesía. Volcán que cubre e ilumina, con la ardiente erupción de su voz, el tajo silente de la noche, el abismo que ha dejado el desplomado cielo de la tarde.

La vejez, que se halla asociada con el invierno, como hemos visto más arriba, es la que convierte la voz del poeta en labio airado. Hay un poema en el libro tan breve como admirable, que se titula “Invierno” y en el que se percibe claramente cuáles son los sentimientos del poeta.

“La lluvia es una lágrima
irredenta.
-Mi corazón se empapa con su llanto-

No es la nieve candor, si leve mármol
sobre el campo yacente.
-Mi cuerpo cede a la invasión del frío-

El viento va dejando en las esquinas/ jirones lastimeros.
-Vuelve a sangrar la herida de mi voz-

Mi corazón solloza en el invierno.”¹⁵

El poeta, en un análisis introspectivo utilizando tres elementos invernales: la lluvia, la nieve y el viento que se corresponden de forma paralelística con tres elementos que aluden metonímicamente al yo del poeta: el corazón, el cuerpo y la voz. Estos elementos están presentes en el origen del poema: “Vuelve a sangrar la herida

¹⁵ *Ibidem*. Pág.27.

de mi voz". El último verso resume y compendia cuál es la situación anímica del poeta: "MI corazón solloza en el invierno". El dolor callado es ahora una alternativa al dolor volcánico que se percibe en otros poemas.

El compendio temático del libro es la percepción del dolor y del amor en este devenir existencial del poeta.

Con una percepción totalmente existencialista (Heidegger defiende la tesis de que el hombre es un ser para la muerte), Rufino Félix es consciente de que debe recorrer cada día ese camino inexorable que le conducirá a su última morada y por eso va "más ajeno a sus pasos,/ transcurriendo doliente/ por el dédalo oscuro/ donde acecha el dolor."¹⁶

Toda la vida es un continuo alejamiento de la vida misma. Félix, escribe un poema en donde, de nuevo, presenta al hombre simbolizado por el árbol (aquí estos álamos del río con tanto sabor machadiano) y que estructura sobre esa vieja metáfora de la vida como río que va a dar a la mar que aparece por primera vez en el Eclesiastés bíblico y que fue inmortalizada por Jorge Manrique. El destino del hombre es la mar de la muerte.

El poema se titula "El poeta":
 "Ese hombre que se aleja ensimismado
 dejando atrás los álamos del río
 y el breve mármol donde yace el sueño,
 ha emprendido el camino
 que otro día ha de dejarlo
 -desnudado de sol y de días azules-
 en la ribera donde el mar comienza
 su sinrazón, la eterna travesía."¹⁷

No puedo por menos señalar el sabor machadiano de ese hermosísimo alejandrino "desnudado de sol y de días azules", recordando aquí que lo único que tenía Antonio Machado en el bolsillo de su pantalón cuando murió sólo y pobre en Colliure fue un trocito de papel en el que había escrito su último verso: "Éstos días azules y este sol de la infancia".

¹⁶ *Ibidem*. Pág.63.

¹⁷ *Ibidem*. Pág.47.

Tan sólo el amor, por una parte, y la ensoñación del recuerdo pueden curar al poeta de todo tanto dolor. Tal como leemos en el poema titulado “En la fecha cumplida”; es decir, a la hora de la muerte:

“Allí donde la luz se desvanezca,
 en el confín callado
 que silencie tus labios,
 quiero tu último beso
 para sellar el sueño bellamente vivido.
 Allí junto a la sima que despeñe
 ceniza apasionada
 al páramo profundo del olvido,
 deseo tu ardiente beso
 en la fecha cumplida de mi sangre.
 Solamente tu beso –bóveda del milagro,
 comunión con el fuego que amalgama-
 desarraigando el frío,
 haciendo vivo el tiempo de la espera”.¹⁸

La voz de la amada, su amor, llega del cielo “de allí donde los astros mantienen su vigilia/ y se esconde el latido eterno del reloj. El aire que congrega palabras susurradas/ y ecos de despedida/ del tiempo que ha cumplido su ventura(...)/”

Los primeros encuentros amorosos son revividos por el poeta por medio del recuerdo. La memoria es un “Ardiente regreso” dice Félix:

“Has venido esta noche,/ estás conmigo./Tras el frío de la ausencia,/ estas horas febriles me has traído/ la bienaventuranza de tu cuerpo./ Si durara el fulgor/ de tu cara encendida/ tanto como la magia de la primera hoguera!¹⁹

El poeta, en medio de la noche, recuerda aquellos tiempos ya lejanos con la angustia cierta, con el total conocimiento de que los pétalos de esta rosa están condenados a marchitarse, en una nueva versión del clásico “carpe diem” porque breve es el paso del hombre por el mundo. Entonces, nos confiesa el poeta:

“Bajarán de mis ojos/ lágrimas cegadoras/ si este ardiente regreso no perdura/ más que el tiempo preciso/ para que no me olvide del alba estremecida,/ de la eclosión brillante de sus pétalos./Si tan sólo durara lo que tarda un milagro/ en hacerse espejismo.”

¹⁸ *Ibidem*. Pág.21.

¹⁹ *Ibidem*. Pág.20.

En otro hermosísimo poema titulado “La noria” el poeta se empoza en un mundo onírico de la pesadilla simbólica en busca de la imagen de su amada que sueña que ha perdido:

“Tenías los labios sumergidos
en el embozo de las sombras.
Yo los buscaba sin lograrlos,
y era profunda mi congoja.

Pozo cuajado de deseos,
luna creciente en su ufanía,
sin el reflejo de tus aguas
no logré ver la amanecida.

Y sin embargo tú habías sido
fresco caudal, luz, primavera.
Qué voz desierta habrá agostado
la lozanía de tu afluencia.”

La pesadilla, no es otra cosa que ese tiempo mortal que, como el poeta se teme y barrunta, lo va a alejar definitivamente de su amada, cuando la noria de los días ya no saque más agua de su pecho:

“Tiempo y olvido me distancian
de tu añorado manadero.
La vieja noria de los días
emerge exangüe de mi pecho.”²⁰

El tiempo pasa fugaz por nuestras vidas y la existencia no es otra cosa que una exigua limosna de amor y de vida:

“El tiempo me dio altura/ y sentimiento,/ puso en mis labios/ las tórridas palabras del amor,/ edificó mi vida.”

pero su paso es para nosotros un vendaval

20 *Ibidem*. Pág.19.

“que todo lo derrumba/ y arrastra hacia el olvido./ El tiempo con su efímera limosna.”

A medida que la vida avanza vamos siendo conscientes que estas pocas monedas que el tiempo ha depositado en nosotros se van devaluando en una inflación imparable hasta llegar a ser, en nuestras manos, metales sin valor alguno. Tal es el sentimiento que se recoge en el poema titulado “La dádiva”:

“Más tarde, en otro día,
cuando el tiempo se haga
moneda devaluada por el uso,
seremos tristemente cicateros”²¹

por eso el poeta, siguiendo los dictados del “carpe diem”, de aprovecha el momento presente, se apresura a gastar estas monedas antes de que se queden sin ningún valor:

“Pero hoy, esta mañana
cuajada de apetencias,
invitación al gozo,
dejadme que disfrute
del sol que arde en mis manos,
para gastarlo pródigo
ahora que la inocencia desconoce
que llegará la noche
con su final ruinoso,
y piensa que la dádiva es eterna”.²²

Cuando el poeta vuelve la vista atrás y recuerda su infancia perdida se da cuenta de que las monedas de los días relucieron entonces como soles. En el poema nos vamos a encontrar la alusión a unas monedas reales que hoy han perdido su valor porque se hallan fuera de curso legal y, al mismo tiempo unas monedas simbólicas a las que les ocurre lo mismo:

“Estas viejas monedas/ relucientes entonces./ Fueron pequeños soles/ en el tierno universo de sus manos;/ sonaban como címbalos/ esparciendo en el aire/trasiego codiciados/ de infantiles lecturas/ y oníricas sesiones/ frente al mágico lienzo.”

²¹ *Ibidem*. Pág.67.

²² *Ibidem*. Pág.67.

Aunque estas monedas carecen hoy de valor, sin embargo su contemplación cautiva la mirada del poeta que recuerda que cuando era niño era rico en tiempo. Ahora estas riquezas se hallan totalmente devaluadas:

“Hoy arrumbadas, frías,/residuos de otros años/ de inefable riqueza,/ subyugan la mirada/ del hombre que recobra/ de los brumosos ecos/ de la infancia/ los destellos astrales/ de sus celestes días.”

Pero, a pesar de todo, es en el recuerdo de la infancia donde se halla el mayor consuelo por eso, el poeta en un poema titulado “Ítaca”, la patria del Odiseo homérico y símbolo del regreso, y por lo tanto del final del viaje, el poeta arranca con una primera estrofa memorable:

“Volvemos a morir a nuestra infancia,
que es tiempo habitado por arcángeles
que te alzan en sus brazos
y te conducen
al lugar milagroso, donde el aire
es un conjuro azul de pájaros cantores
y la mirada
recoge la luz inmarcesible
el dorado arrebató de los días
el humano caudal de la inocencia.”²³

Esta infancia de Rufino está ligada a Mérida y así confiesa el autor en “Reloj de arena”:

“En ella (Mérida) hemos pasado los años de la niñez y adolescencia y es, anímicamente, la patria de los recuerdos, de la ensoñación. Y por ello nada puede evitar que el sentimiento se haga melancólico cuando contemplamos cómo desaparece.”²⁴

Esa melancolía se recoge plenamente en uno de los mejores poemas del libro: “El patio”, versos repletos de la nostalgia de la niñez perdida, en donde se percibe un hermosísimo juego dialéctico entre el infinitivo, tiempo pleno de temporalidad, del arranque de cada una de las estrofas (oír, ver, ir, volver) y el presente de indicativo de los versos 3 y 6; por una parte y la oposición de que existe entre “oír” y “ver”, verbos que indican una percepción sensorial (en las dos primeras estrofas) e “ir” y “volver”, verbos que indican el movimiento del camino en las estrofas 3ª y 4ª lo cual le da al poema un ritmo binario de gran belleza:

²³ *Ibidem*. Pág.62.

²⁴ Recogido en: *El tiempo y el mar*. Obra poética. Mérida, 2003, pág. 19.

“Oír el cantar del nuevo día
tras la ventana enjabelgada.
(Celebran pájaros alegres
los dulces frutos de las parras)
Ver el reguero que en la tierra
busca el rosal y no lo halla.
(Surco mimado por los brazos
tras el camino de las aguas)

Ir a la higuera de los juegos
buscando arriba su atalaya.
(Desde la altura y su dominio
sentir la ausencia de las alas)
Volver de nuevo a ser muchacho,
gozo en el tiempo y su fragancia.”²⁵

En conclusión, *Las puertas de la sangre* es un libro polifónico en el que no se agota la variedad de sus registros en este análisis.

Rufino Félix nos ha entregado unos poemas no solo de gran belleza estética sino también de hondo sentimiento humano porque sus versos sangran verdad por todos los poros del alma, la verdad de Rufino Félix, pero, al mismo tiempo, la verdad y la realidad incuestionable de todo ser humano.

En este libro, los lectores podemos percibir la honda intimidad del poeta que se resume en los dos últimos versos de su “Autorretrato:

“Mas conocedme ahora: sabed que soy un hombre/ ávido en la añoranza, fiel para las promesas”.

Debemos congratularnos todos porque Extremadura tiene en Rufino Félix uno de los mejores poetas vivos que hay hoy en España y *Las puertas de la sangre* es una prueba fehaciente de lo cierto de esta afirmación.

25 *Ibidem*. Pág.38.